



LAS  
AVENTURAS DE  
**PINOCHO**



QUITO-ECUADOR

*Las aventuras de Pinocho*  
Carlo Collodi ©

**Ilustraciones:** Carlo Chiostri

Primera Edición-CCE-2022  
ISBN: 978-9942-34080



Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión  
Dirección de Publicaciones  
Avs. Seis de Diciembre N16-224 y Patria  
Telfs.: 2 527440 Ext.:138/213  
[www.casadelacultura.gob.ec](http://www.casadelacultura.gob.ec)  
Quito-Ecuador

CARLO COLLODI

EDICIÓN ILUSTRADA



LAS  
AVENTURAS DE  
**PINOCHO**



EDICIÓN  
**PUMAMAKI**

— 2022 —

## PRÓLOGO

La Colección PumaMaki (*mano de puma*, en kichwa) está pensada para las nuevas personas lectoras, quienes podrán recorrer las obras más importantes de la literatura universal, en ediciones completas e ilustradas, a precios asequibles. El amor por la lectura comienza en compañía de personajes memorables, que se han transformado en referentes de la cultura popular, mezclándose en el imaginario de las lectoras y lectores principiantes.

Ofrecemos a nuestras niñas, niños y jóvenes una selección minuciosa de libros, que arranca con *Las aventuras de Pinocho* (1883), del italiano Carlo Collodi. En la colección desfilarán autores de todas las épocas, sin que importe su nacionalidad y sin que sea un limitante el género literario. Así transitaremos por los caminos de Liliput —transformados en gigantes— junto al capitán Gulliver. Contemplaremos la sabiduría del Principito durante su recorrido por la Tierra. Nos perderemos en el País de las Maravillas buscando el agujero del conejo, al lado de Alicia... También nos internaremos en las profundidades de la selva, la montaña, el mar, acompañados de animales que hablan, dioses, duendes y demonios, para confrontar las propias leyendas, es decir: nuestro origen.

*Las aventuras de Pinocho* ha sido traducido a más de 250 idiomas y dialectos (incluido el braille) y es uno de los libros más vendidos de todos los tiempos. Las adaptaciones cinematográficas que se han realizado son conocidas de forma generalizada, así como las peripecias de aquel muñeco de madera que cobra vida. A través de su dedicación a la escuela y al trabajo, termina por transformarse en un niño



de carne y hueso, a pesar de que antes le crezca la nariz, le salgan orejas de burro, se una a un circo de marionetas, vuele sobre una paloma gigante, o se transforme en un perro guardián.

Las adaptaciones que existen sobre la historia de Pinocho son innumerables. Sin embargo, el texto original las supera con creces, porque se adentra en los matices de las tentaciones por las que debe circular la población infantil, antes de que se adapte a las responsabilidades que debe afrontar durante su crecimiento. Entregamos a las personas lectoras de todas las edades esta obra maestra, la cual no ha sido mutilada o endulzada, según los parámetros de Disney, ni de ninguna otra industria dedicada al entretenimiento. Es nuestro homenaje a la infancia y a la juventud, porque la curiosidad, el juego y la alegría son las características de este periodo de nuestras vidas.

*FONDO EDITORIAL CCE*

## CAPÍTULO I



*De cómo el carpintero maese Cereza  
encontró un trozo de madera que  
lloraba y reía como un niño.*

Había una vez...

—¡Un rey! —dirán en seguida mis pequeños lectores.  
No, muchachos, nada de eso. Había una vez un pedazo de madera.

No era un pedazo de madera lujosa, sino un simple leño de esos con los que, en el invierno, se encienden las estufas y chimeneas para calentar las habitaciones.

Es el caso que, Dios sabe cómo, el leño fue a parar cierto día al taller de un viejo carpintero, cuyo nombre era maese Antonio, aunque todo el mundo le llamaba maese Cereza, porque la punta de su nariz, siempre colorada y reluciente, parecía una cereza madura.

Cuando maese Cereza vio aquel leño, se puso eufórico y, frotándose las manos, musitó:

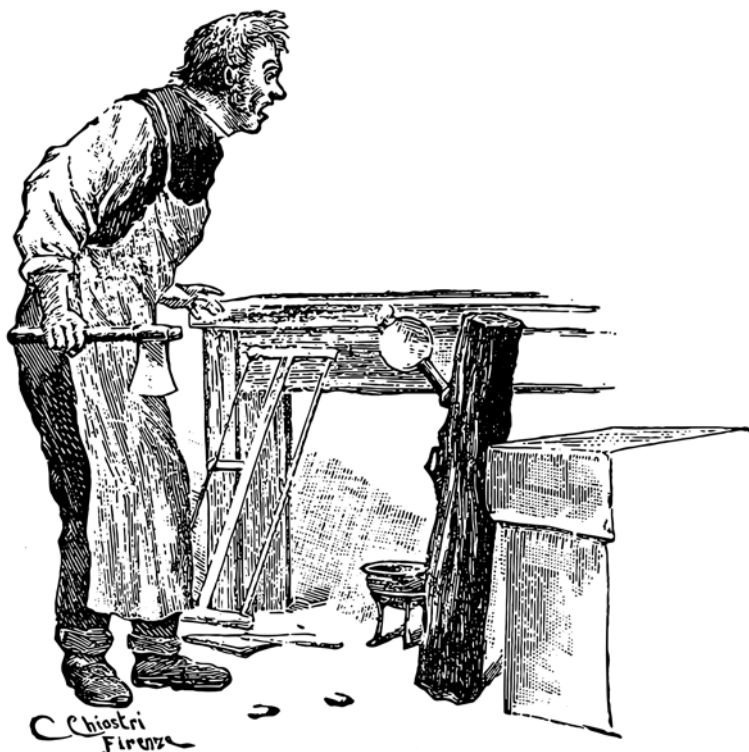
—¡Madera, llegas a tiempo! ¡Voy a hacer de ti la pata de una mesa!

Dicho y hecho; cogió el hacha para comenzar a quitarle la corteza y rebajarla; pero cuando iba a dar el primer hachazo, se quedó con el brazo levantado en el aire, porque oyó una vocecita extremadamente delicada, que dijo suplicante:

—¡No me des tan fuerte!

¡Figúrense cómo se quedó el bueno de maese Cereza!

Sus ojos asustados recorrieron la estancia para ver de dónde podía salir aquella vocecita, y no vio a nadie. Miró debajo del banco, y nada; miró dentro de un armario que siempre estaba cerrado, y nada; en el cesto de las virutas de serrín, y nada; abrió la puerta del taller y contempló la calle, y nada. ¿Qué era aquello?



—Ya comprendo —dijo entonces sonriendo y rascándose la peluca—. Se ve que esa vocecilla ha sido una ilusión mía. ¡Reanudemos la tarea!

Y tomando de nuevo el hacha pegó un formidable hachazo en el leño.

—¡Ay! ¡Me has hecho daño! —gritó quejándose la misma vocecita.

Esta vez maese Cereza se quedó estupefacto, con los ojos espantados, la boca abierta y la lengua fuera, colgando hasta el mentón, como en el mascarón de una fuente.

Se quedó sin voz. Cuando pudo hablar, comenzó a decir temblando de miedo y balbuceando:

—Pero, ¿de dónde sale esa vocecita que ha dicho «¡ay!»? ¡Aquí no se ve ni un alma! ¿Será que este leño aprendió a llorar y a quejarse como un niño? ¡Yo no puedo creerlo! Este leño... Aquí está: es un leño para quemar como todos los demás, ¡bueno para echarlo al fuego y guisar una olla de habichuelas! ¿Se habrá escondido alguien dentro de él? Si alguno se ha escondido, peor para él. Ahora lo arreglo yo.

Diciendo esto agarró el pobre leño con ambas manos y empezó a golpearlo sin piedad contra las paredes del taller.

Después se puso a escuchar si se quejaba alguna vocecita. Esperó dos minutos, y nada; cinco minutos, y nada; diez minutos, y nada.

—Ya comprendo —dijo entonces tratando de sonreír y arreglándose la peluca—. Está visto que esa vocecita que ha dicho «¡ay!» ha sido una ilusión mía. ¡Reanudemos la tarea!

Y como tenía tanto miedo se puso a canturrear para cobrar ánimos.

Entre tanto, dejó el hacha y tomó el cepillo para limpiar y pulir el leño. Pero cuando lo estaba cepillando por un lado y por otro, oyó la misma vocecita que le decía riendo:

—¡Pero me estás haciendo unas cosquillas terribles!

Esta vez maese Cereza se desmayó del susto. Cuando volvió a abrir los ojos, se encontró sentado en el suelo.

¡Qué cara de bobo se le había puesto! La punta de la nariz ya no estaba colorada; del susto se le había puesto azul.

## CAPITULO II



Maese Cereza regala el pedazo de tronco a su amigo Gepeto, el cual lo acepta para construir un muñeco maravilloso, que sepa bailar, tirar a las armas y dar saltos mortales.

**E**n aquel momento llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —contestó el carpintero con voz débil, asustado y sin fuerzas para ponerse en pie. Entonces entró en la tienda un viejecillo muy vivo, que se llamaba maese Gepeto, pero los chiquillos de la vecindad, para hacerle rabiar, le llamaban *maese Fideos*, porque su peluca amarilla parecía que estaba hecha con fideos finos.

Gepeto tenía un genio de todos los diablos, y además le daba muchísima rabia que le llamasen *maese Fideos*. ¡Pobre del que se lo dijera!

—Buenos días, maese Antonio —dijo al entrar—. ¿Qué hace usted en el suelo?

—¡Ya ve usted! ¡Estoy enseñando Aritmética a las hormigas!

—¡Es una idea feliz!

—¿Qué le trae por aquí, compadre Gepeto?

—¡Las piernas! Sabrá usted, maese Antonio, que he venido para pedirle un favor.

—Aquí me tiene dispuesto a servirle —replicó el carpintero.

—Esta mañana se me ha ocurrido una idea.

—Veamos cuál es.

—He pensado hacer un magnífico muñeco de madera; pero ha de ser un muñeco maravilloso, que sepa bailar, tirar a las armas y dar saltos mortales. Con este muñeco me dedicaré a correr por el mundo para ganarme un pedazo de pan y... un traguillo de vino. ¡Eh! ¿Qué le parece?

—¡Bravo, maese Fideos! —gritó aquella voccecita que no se sabía de dónde salía.



Al oírse llamar *maese Fideos*, el compadre Gepeto se puso rojo como una guindilla y, volviéndose hacia el carpintero, le dijo encolerizado:

—¿Por qué me insulta usted?

—¿Quién le insulta?

—¡Me ha llamado usted *Fideos*!

—¡Yo no he sido!

—¡Si le parece, pondremos que he sido yo! ¡Digo y repito que ha sido usted!

—¡No!

—¡Sí!

—¡No!

—¡Sí!

Y furiosos los dos, pasaron de las palabras a los hechos, y agarrándose con furia se arañaron, se mordieron, se tiraron del pelo... Se pusieron hechos una lástima.

Cuando terminó la batalla, maese Antonio se encontró con la peluca amarilla de Gepeto en las manos, y Gepeto tenía en la boca la peluca gris del carpintero.

—¡Dame mi peluca! —gritó maese Antonio.

—¡Dame tú la mía y hagamos las paces!

Los dos viejecillos se entregaron las pelucas y se dieron las manos, prometiendo solemnemente ser buenos amigos toda la vida.

—Vamos a ver qué favor es el que tiene que pedirme, compadre Gepeto —dijo el maestro carpintero como muestra de que la paz estaba consolidada.

—Quisiera un poco de madera para hacer ese muñeco del que le he hablado, ¿Puede usted dármela?

Maese Antonio, contentísimo, se apresuró a coger aquel leño que le había hecho pasar tan mal rato, pero cuando iba a entregárselo a su amigo dio el leño una fuerte sacudida y se le escapó de las manos, yendo a dar un palo tremendo en las esmirriadas pantorrillas del compadre Gepeto.